

Volumen 14

Iberoamèrica: del descobriment a la independència

MARIA LLUÏSA ORDÓÑEZ

(UNED)

Una obra que no deixa indiferent al lector perquè el pare Batllori, a la llum de la documentació per ell estudiada, invita a la reflexió sobre uns acontecimientos que se daban per definitius.

Este volum i el posterior de la *Obra Completa* recogen, en llengua catalana original o traduïdes del castellano i del italià al català, els articles i comunicacions a congressos que el autor elaborà a lo llarg de anys de investigacions i que tenien com eix Hispanoamèrica. El interès del pare Batllori per el tema provino de dos fets que ell mateix relata: en primer lloc, ell era descendient de Cristòbal Colón per part materna i sentia curiositat per la figura del navegant i les bases culturals i ètiques que forjaren el seu somni de arribar a les Índies i que asimismo le proporcionaren els dades per marcar el camí que devia seguir; i en segon lloc, per el encàrrec que rebé a la mort del pare Leturia de posar en ordre la investigació que estabia portant a terme sobre la missió de monsenyor Muzi a Hispanoamèrica en els anys 1823-1825, que propicià que aprofundís en el tema del difícil paper que en aquells moments tingué a assumir la diplomàcia vaticana dividida entre el seu deure de velar per les ànimes dels catòlics de les nacientes repúblicas i el respecte a els drets concedits desde Alejandro VI a la corona castellana sobre els territoris del Nou Món, incloses les Filipines.

El estudi de la evangelització nasqué com desenvolupament natural de la consideració de les bulas de Alejandro VI, el papa Borja, que encomendaban la conversió de els infidels a la Corona de Castella, drets que se transmetien a la Corona Espanyola quan la unificació fou un fet en els reis Austries.

El fil conductor de tot el que escriu el pare Batllori és el seu interès per mostrar el paper de els catalanoaragonesos i de lo català en tota esta sèrie de acontecimientos: unes vegades de forma rellevant com és el cas de els quatre protectors de Colón en la cort de els Reis Catòlics, altres, molt secundàriament, com els mallorquines amb els que se relaciona monsenyor Muzi en una escala en la illa de Mallorca i per esta raó estab és un text per llegir amb esperit obert a noves òptiques i a noves consideracions de fets el que la explicació se ha donat com definitiva per alguns estudiosos.

Reparte pues sus escritos en tres apartados: *Descobriment i conquesta*, *Evangelització*, e *Independència*; y añade como colofón un conjunto monumental de 46 notas críticas sobre obras y artículos relacionados con la historia, la literatura, la filosofía, el arte, la archivística y la bibliografía.

Los artículos recopilados en *Descobriment i conquesta* se centran en la figura de Colón y la relevancia de la cultura catalanoaragonesa y de algunos personajes de ese ámbito cultural: La primera figura a considerar es la de Ramon Llull a partir de un estudio del cisterciense mallorquín Antoni-Ramón Pasqual en el que afirma que Llull tuvo una gran intuición respecto a la existencia de un continente más allá del Mar de Inglaterra cuando se planteaba la razón de las mareas en el Atlántico Norte para lo que proponía, entre otras explicaciones, la influencia de la esfericidad de la Tierra.

A la vez, a partir de la leyenda de la lapidación en Bugia del maestro y su traslado a Mallorca en la nave de unos genoveses, de los cuales uno se apellidaba Colón, y con el dato auténtico del testamento de Llull de repartir sus libros entre Mallorca, París y Génova, estableció una relación entre el navegante y el pensamiento luliano.

Dejando a un lado esta teoría, el padre Batllori propone reflexionar sobre un punto: ¿Conoció Cristóbal Colón la intuición luliana respecto a la existencia de un continente más allá del Mar de Inglaterra y el modo de aprovechar los vientos para la navegación, y, si fue así, de qué modo accedió a ella?

Para el padre Batllori, estas ideas de Llull fueron conocidas no sólo en los reinos de la Península Ibérica sino también en la Italia medieval, dados sus viajes a ella, el interés de determinadas universidades y la relación que mantuvo con algunos poderosos como los Spinola de Génova en cuya biblioteca atesoraban sus manuscritos.

Hay dos evidencias a tener en cuenta según el autor: Colón era casi sin duda genovés y dos siglos después de la desaparición de Llull es un Spinola uno de los firmantes del testamento del almirante ya que éste mantenía amistad con las ramas portuguesa y genovesa de la familia.

¿Pueden estos hechos ligar el lulismo a los conocimientos geográficos de Colón? La respuesta del padre Batllori es que, si bien el lulismo estaba presente en Italia desde la Edad Media, en donde se tradujo al italiano el *Fèlix de les meravelles del món*, y en especial en las ciudades de Venecia y Pádua, en la Génova del siglo XV no era ya así. Mientras en Venecia la doctrina había calado hondo gracias a la amistad habida entre Llull y el dux Pietro Gradenico y se mantenía en su acervo cultural hasta el punto de que todavía se había impreso en 1480 el *Ars generalis ultima*; mientras en Padua había un verdadero interés por la obra luliana, en especial —también ahí— por el *Ars generalis ultima*, en Génova no existía esa tradición en tiempos del descubridor.

Afirma el padre Batllori que no hay pruebas de que Colón hubiera mantenido un contacto constante con Venecia pero es probable que en Padua hubiera accedido a las obras. También se sabe que fue en Portugal donde Colón ordenó sus ideas geográficas y donde manejó la obra de Piccolomini.

A la vista de todos estos datos, el padre Batllori prudentemente concluye que el lulismo de Colón parece moverse en la esfera de lo *posible*.

La siguiente cuestión que se plantea es la de cuáles fueron los puntos capitales de la relación entre Cataluña, mejor dicho, entre los hombres y la ciencia del ámbito cultural catalanoaragonés, y el Nuevo Mundo en tiempos de Colón.

La tesis del padre Batllori es la de que aunque la corte catalanoaragonesa participó en su momento en ayuda de Colón, luego quedó como fuerza secundaria por mor del testamento de Fernando II, el Católico.

Comienza estudiando los precedentes históricos del Descubrimiento entre los que destaca los avances técnico-científicos del siglo XII que hicieron posible el pensar en emprender la búsqueda y conquista de tierras desconocidas. En el conocimiento y difusión de esos avances, en especial en el campo de la astronomía y las matemáticas, tuvieron parte importante desde un astrónomo judío barcelonés, la ciudad de Vic y el escriptorium de Ripoll volcados hacia Europa, y hasta las taifas de Denia y de Valencia donde florecían los estudios sobre el astrolabio y la consiguiente escuela para fabricar instrumentos de navegación. Llegados al siglo XV, los portuarios baleáricocatalanes constituyen una muestra de que la potencia de la cartografía mallorquina estaba a la misma altura de la de los portugueses e italianos.

Fueron siglos de vivacidad comercial, de expansión territorial, de deseo de difundir el cristianismo que encendían la fiebre viajera de mallorquines y castellanos hacia Canarias, y de los portugueses por las costas africanas, que preparaban el camino al plan de navegación de Colón.

Es de reseñar que el padre Batllori en un momento determinado de esta exposición entra en un terreno de desideratas, no por anheladas, cumplidas, es decir, siente que sería una gran satisfacción poder encontrar pruebas de la catalanidad de un Luis de Angulo que en 1456 compuso en la ciudad de Lión un tratado llamado *De figura seu imagine mundi* y que alguna de sus ideas hubiera formado parte de las que impulsaron a Colón a planear su gesta.

Después vuelve su vista hacia la vinculación del descubridor con la corriente franciscana de los espirituales, la cual mostraba una cierta afinidad con Llull en el convencimiento de que había que crear una Iglesia renovada que siguiera el camino de la pobreza evangélica una vez se hubiera llevado a cabo la reconquista de Jerusalén y, citando la obra de Alain Milhou (1983), *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, donde se sugiere que había una corriente franciscanista mesiánica en la corte de la Castilla de los Reyes Católicos que tenía su propio talante y que consideraba la reconquista de Granada como el paso necesario para proceder a la conquista de Jerusalén, destaca que considera importante que fuera un teólogo catalán, Joan Carbonell, el que supo ver la importancia de la nueva corriente, y que un aragonés acertara a unirla con la más europea de los catalanoaragoneses.

Desechando las tesis de Morghen que atribuye origen italiano al mesianismo de Colón, da por probado que plausiblemente éste podría proceder del ambiente espiritualista que se vivía en la corte de Fernando el Católico, y que se manifestaría principalmente por cuatro hechos fundamentales: el primero, la

conciencia de su misión geográfica y misionera, aunque, muy realísticamente, el padre Batllori reconoce que en el navegante imperaba también una gran dosis de mercantilismo junto a esa conciencia; el segundo, su predilección por las firmas criptográficas; el tercero, la exposición de un plan de reconquista de Tierra Santa en el *Libro de las profecías*, y por último, la institución del mayorazgo antes de iniciar el tercer viaje donde concreta de nuevo los ideales de la conquista de Jerusalén.

Del papel preponderante que jugó la curia real de la Corona de Aragón en el Descubrimiento mediante su ayuda económica, con el recibimiento de 1493 en Barcelona, con las bulas del papa Borja (Borgia) no le cabe ninguna duda: Para el primer viaje las ayudas provinieron de la corte de Fernando II a través de diversos personajes de los que se ha especulado que le abrieron las puertas de palacio y lo auxiliaron debido al supuesto origen judío del almirante. El padre Batllori demuestra fehacientemente que esta afirmación es errónea al considerar uno por uno a los cuatro altos cargos con los que más se relacionó y que más le apoyaron.

Así pues, aunque entre la tripulación del primer viaje del Descubrimiento no había ningún marinero catalanoaragonés, los dineros principales para llevarlo a cabo pertenecían a dos personajes del entorno de Fernando II.

En los segundo y tercer viajes sí que hubo presencia catalanoaragonesa en la persona de frailes como el aragonés Bernal Bofl designado vicario de La Isabela, o Ramon Pané autor de una *Relación acerca de las antigüedades de los indios* de gran valor para la etnografía. El padre Batllori no deja de lado la figura del caballero Pere Margarit, de una conocida familia gerundense, que junto con Bofl fue de los primeros en informar a los reyes la desacertada gestión de Colón sobre las nuevas tierras, ni se olvida de Jaume Ferrer de Blanes, navegante, cosmógrafo y lapidario, que aconsejó epistolarmente al almirante sobre la forma de llevar a cabo las mediciones del Atlántico que permitieran deslindar los territorios de Portugal de los de Castilla en aplicación del tratado de Tordesillas; y subraya que la referencia a los catalanes que podían haberse establecido en el Nuevo Mundo en vida de Colón es escasísima con la excepción de un Joan de Serrallonga que vivió hacia 1500 en La Española.

Aborda también la cuestión de si la estructura político-administrativa seguía el modelo castellano de tono medievalizante o el catalanoaragonés, que contaba con la experiencia previa de su expansión por el Mediterráneo, y llega a la conclusión de que hubo una primera época castellana y una segunda catalanoaragonesa.

Respecto a cómo se hizo la adscripción de las tierras descubiertas al reino de Castilla se refiere al breve papal *Intercetera* de tres de mayo de 1493 por el que se establecían las relaciones de Castilla con Portugal y las de la reina de Castilla con el rey de Aragón, y en virtud de él, a la muerte de la reina, Fernando II debía heredar la mitad de todo lo que hubiera sido adquirido y recaudado en vida de ella.

Según el padre Batllori, este pacto fue la causa de que el rey Fernando dejara las tierras de América a su hija doña Juana, reina de Castilla, hecho que unido a posteriores decisiones políticas de Carlos I decidió para siempre el papel secundario de Cataluña y Aragón en la España de los Austrias.

Una vez ha mencionado el autor la decisión papal mediante el breve *Inter-cetera*, acomete la tarea de explicar las relaciones entre el papa Alejandro VI, Colón y los Reyes Católicos.

El problema no es comentar el contenido en sí de las distintas bulas dadas por el papa Borja (Borgia) respecto a la cuestión del Nuevo Mundo, si no decidir si esta concesión fue simoníaca.

Queda claro que Alejandro VI desde el inicio de su papado había emprendido una política del *do ut des* con los reyes de las potencias europeas contemporáneas que estaban en litigios territoriales con la Santa Sede hasta el punto de que en 1492 se había intentado un matrimonio entre uno de los hijos del papa y una Enríquez de Castilla cuando todavía se desconocía que Colón había hallado nuevos territorios en su viaje. Es decir, que las relaciones de connivencia-convivencia entre el papado y los Católicos se produjeron antes de sospechar siquiera el Descubrimiento.

Ahora bien, el padre Batllori apunta que ni Fernando II ni Alejandro VI carecían de perspicacia política y que quizás no fuera aventurado afirmar que aquel matrimonio constituía para el Católico una garantía en vista a futuras peticiones al papado, si Colón encontraba las Indias, y para Alejandro VI también resultaba conveniente esa unión, ya que ligaba su propio linaje al de los Adelantados de Castilla y Andalucía, a la vez que se daba un toque de atención al rey de Francia que tenía en mente la conquista del feudo papal de Nápoles.

Cinco bulas fueron emitidas por Alejandro VI, y en la tercera, *Eximiae devotionis*, de tres de mayo de 1493 concede a los Reyes Católicos las mismas prerrogativas que anteriormente habían sido dadas a los reyes de Portugal para los dominios africanos¹.

Para el padre Batllori estas bulas no son nada más que el resultado de tres necesidades del papado:

Aumentar el número de cristianos convirtiendo a los indígenas de las nuevas tierras.

Controlar a Carlos VIII de Francia que quería Nápoles.

Engrandecer a su propia familia.

Y hace hincapié en que se observa cómo no sólo pesaba su ambición mundana, sino los intereses políticos y religiosos de la Santa Sede.

También afirma que, sabiendo cuán escrupulosa era la reina Católica en el asunto de favorecer a los hijos del papa como queda reflejado en los despachos que el nuncio Desprats enviaba a Roma, es improbable que se hubiera prestado a participar en un acto de simonía.

¹ Las prerrogativas de esta bula serán los que más tarde, en el momento de la Independencia, causarán tensiones con la Santa Sede.

Se pregunta si las bulas alejandrinas fueron verdaderamente el puntal de una nueva división del mundo ya que para dividir algo se necesita saber su extensión y ésta no se conoció hasta el fin del viaje de Elcano en 1522. Además, todos los cronistas contemporáneos a Fernando II daban a las bulas más valor en el campo espiritual que no en el político, como quedó patente en el momento en que el padre Las Casas y sus partidarios se opusieron no sólo a la esclavitud de los indígenas sino a su sumisión a los reyes de Castilla.

Concluye que los textos medievales acabaron siendo considerados con la óptica nueva del Renacimiento y finalmente otros reinos europeos enviaron expediciones a América por juzgar que los contenidos de las bulas papales eran textos obsoletos.

El obispo de Chiapas, el padre Las Casas, merece una intervención específica por parte del padre Batllori no en cuanto a su actuación sino en referencia a la difusión de sus ideas en Italia durante el XVII y el XVIII: comienza indicando que en vida de Las Casas fueron poco conocidas en Italia por falta de difusión de su obra ya que hasta 1626 no fue traducido al italiano. En realidad se vivieron dos períodos: un primero entre 1618 y 1621, de utilización antiespañola de las ideas lascasianas en la corte del duque de Saboya y su esposa, hija de Felipe II, en el momento en que Turín y Venecia eran el centro de la oposición a la política hegemónica española en Italia, y en el que se apoyó la difusión de las obras de Las Casas ya fuera por las ideas políticas que presentaba, ya fuera como una forma de socavar los cimientos del Imperio Español; y un segundo entre 1626 y 1657 de presentación del padre Las Casas como modelo de generosidad y humanidad para con los indígenas de Nuevo Mundo, gracias a impresores venecianos que imprimieron y difundieron las traducciones.

No sólo Las Casas sino también otros autores ejercieron un espíritu crítico sobre el modo de llevar adelante la colonización de las Nuevas Tierras, entre ellos el padre Batllori destaca los nombres de François Reynal, Cornelis de Pauw y William Robertson.

Será en Venecia, en 1780, que el jesuita exiliado Joan de Nuix rompa una lanza a favor de los colonizadores haciendo por primera vez un análisis de las contradicciones y exageraciones de Las Casas tanto en la extensión geográfica de América —en el XVIII se tenía una información más precisa sobre el tema—, como en el número de indígenas muertos.

Joan de Nuix se hace cinco reflexiones:

La primera, que las crueldades atribuidas a los españoles contra los indios son exageradas o falsas; la segunda, que los atentados contra la libertad y los bienes de los indios son calumnias infundadas; la tercera, que los verdaderos actos violentos fueron menores de lo que podrían haber sido, dadas las circunstancias; la cuarta, que las acciones violentas fueron ejecutadas por particulares y que éstas fueron siempre condenadas y reprimidas por el gobierno y por la nación entera; la quinta, que todos los desafueros fueron compensados ventajosamente con la donación de bienes mayores.

Entramos en el capítulo de *Evangelización* con una mirada parcial sobre el ambiente misionero en Italia a fines del XVI que se limita al ámbito de la Compañía de Jesús — en la cual se entendía como una segunda vocación la misionera —, al último decenio del siglo XVI (1589-1600) y a las ansias que sentía todo joven recién ingresado de marchar como misionero a las Indias, de donde nació la denominación de *indípetes*.

El padre Batllori incide en que los peticionarios eran mayormente de las regiones que pertenecían a la corona española como Nápoles, Sicilia, Milán.

Sigue con la reflexión sobre la actuación de la Compañía en América a cuyos territorios destinó misioneros de procedencia varia, muestra de la apertura de los jesuitas que reunían hombres de las diversas naciones europeas en sus centros. Esta diversidad exigía una estructura de gobierno de carácter monarquicoaristocrática parecida a la que existía en la Iglesia Católica Romana y que constituyó el hecho diferencial respecto a las órdenes mendicantes, franciscanos y dominicos, cuya estructura democrática se remontaba a la Edad Media.

La diversidad de nacionalidades de los jesuitas enviados a América podría haber planteado problemas respecto a los tratados políticos en vigor en España en aquellos momentos, pero como la orden dependía directamente del papa podía obviarlos y era el padre general el que decidía quién iba a Oriente, quién a América y por esta causa el número de jesuitas no españoles fue importante en las misiones del Nuevo Mundo, en especial en el Paraguay; y como con el tiempo los criollos fueron sustituyendo en los colegios a los jesuitas no autóctonos, estos quedaron dedicados a labores estrictamente misioneras y se produjo en América un ejemplo de convivencia ejemplar.

Un hecho tan triste como la expulsión de los jesuitas de los territorios de la América Hispana en tiempos de Carlos III propició un exilio interior de los italianos, españoles y criollos hacia Italia y de los alemanes a sus lugares de origen. Cada uno de estos destinos se constituyó en un foco cultural americanista en Europa de los cuales el italiano se dedicó a responder y a rebatir las tesis de Pauw, Reynal y Robertson por medio de obras dedicadas a la colonización de América por España en las que se hacía apología de la labor desempeñada por España en las colonias o en un tono americanista a favor del regionalismo pre-nacionalista de los criollos o de marcado tono separatista como las de Viscardo y Godoy, mientras que otros textos rebatían las tesis arriba apuntadas describiendo la tarea evangelizadora de la Compañía de Jesús, exaltando la naturaleza americana o estudiando el indigenismo.

Como no sólo España fue potencia colonizadora en América, el Padre Batllori recoge el trabajo del padre Leite sobre la actuación de los jesuitas en el Brasil donde desde el primer instante se inició su labor social con la erección de una iglesia y un colegio para huérfanos que serían el embrión de una futura provincia. Explica que fundaron la provincia de Paraguay aprovechando la unión de España y Portugal bajo Felipe II, y que se extendieron hacia el norte fundando diversas ciudades entre ellas Pernambuco con la diferencia sustancial de que las aldeas de los indios se creaban como suburbios de las ciudades y no como entidades autónomas como ocurría en Paraguay, aunque para ambos lugares sólo había unos cien misioneros dedicados a la defensa de la libertad de los indígenas mientras llevaban a cabo una gran labor difusora de la cultura de la que ningún campo les fue ajeno.

Según el padre Batllori, el padre Leite mostró a la luz dos corrientes, en dirección de ida y vuelta, que unieron Brasil con Italia: la ida correspondió al flujo de misioneros jesuitas italianos hacia el Brasil en el siglo XVI; la vuelta vino dada por la llegada a Italia de los jesuitas expulsados de Brasil en 1760.

De las listas que Leite proporciona, una, de los jesuitas misioneros en Brasil, su nacionalidad de origen, sus hazañas, y otra de los exiliados y su importancia para la cultura, opina que constituyen un auténtico tesoro.

La consideración de la aportación catalanoaragonesa entre los jesuitas de Filipinas es otro de los puntos de reflexión del padre Batllori ya que en 1595, cuando el padre Ramon Prat, un catalán, era viceprovincial de las Filipinas se fundó el primer colegio de la Compañía en Manila.

El padre Batllori resalta la importancia que daban los jesuitas a Las Filipinas, como tierra a evangelizar y como cabeza de puente hacia la cristianización de China, y contempla cuatro momentos en esa tarea evangelizadora que son conocidos gracias a los cronistas, que en ningún momento abandonaron tan ardua labor como fue la suya:

Entre 1581 y 1605 Filipinas fue una provincia dependiente de Méjico y los jesuitas se establecieron en principio en las cercanías de Manila para después trasladarse a la misma. Fueron tiempos de lucha intentando abrir un colegio, ir a China para pedir privilegios políticos para Felipe II y para establecer contactos de naturaleza espiritual que se quedaron en nada ante la negativa del gobierno chino a las peticiones políticas y que llevaron a pensar en proceder a una invasión de China desde Filipinas. También preocupados por la dispersión de los habitantes llegaron a solicitar que los indígenas fueran agrupados a fin de poder evangelizarlos y de hacerles llegar los sacramentos con regularidad.

Entre 1605 y 1655 conocieron el período de expansión misional hacia el sur y hacia la isla de Mindanao y hacia las Visayas donde hubo bastantes mártires, la mitad de los cuales era de procedencia catalana.

Entre 1655 y 1767 se produjo la consolidación y multiplicación de los colegios y de las misiones y una expansión hacia La Marianas, con más martirologios. Es la época en que la mayoría de los jesuitas son españoles, entre los que el padre Batllori destaca a los de procedencia catalanoaragonesa: uno de Gandía, dos de Lérida, uno de Mallorca, dos de Manresa...

Entre 1768 y 1859 se vivió el período negro de la disolución de la Compañía y los jesuitas expulsados de Filipinas fueron evacuados hacia Italia en un penoso viaje del que fue cronista un catalán, el padre Francesc Puig.

El año 1859 supuso el retorno y el reencuentro con la labor misionera en las islas y con la labor cultural de la que destaca la fundación del Ateneo de Manila, de una escuela normal, de un seminario y del Observatorio de Manila. Naturalmente los jesuitas catalanoaragoneses tuvieron presencia allí hasta que en 1963 falleció trabajando en la leprosería de Culió el valenciano padre Joaquim Villalonga.

Acaba la parte dedicada a la evangelización hablando de la consideración del arte barroco iberoamericano como resultado de la confluencia de culturas y de unas determinadas raíces religiosas y con un brevísimo apunte sobre Fray Juníper Serra en su segundo centenario.

La confluencia de culturas en el arte iberoamericano engloba diversos factores entre los que destaca el lusocastellano, amalgama de dos sociedades de raíz política diversa: Portugal era pequeño y en tiempos del Descubrimiento carecía de enemigos políticos así que todo cristiano que lo quisiera podía trasladarse a las colonias. España era grande, poblada, con diversas corrientes religiosas, con gran número de enemigos políticos por lo que hubo de filtrar quién iba a América, evitando que los súbditos no católicos, o judíos, o conversos pusieran el pie allí. Pero las necesidades del Nuevo Mundo hicieron que ya en tiempos de la regencia de Fernando II, se tuviera que obviar el origen de los que querían pasar el mar; y ni que decir tiene que los problemas económicos de Carlos I influyeron en permitir a los Fugger y a los Welzer colonizar América y, finalmente, a todos los súbditos que quisieran ir e, incluso, a los genoveses.

Esta permisividad se acabó en 1530 ante las protestas de los castellanos, pero no afectó a los misioneros por lo cual el número de jesuitas que procedían de cualquier reino de la Casa de Austria, germanos incluidos, fue en aumento en el Nuevo Mundo. La mixtura cultural, la suma de lo indígena, lo negro y lo europeo, que se dio cita allí fue la que dio el carácter especial al barroco iberoamericano, como se observa en el arte mestizo del Típicaca, la arquitectura de Quito y la caligrafía decorativa del XVIII en Méjico.

Todo el arte barroco iberoamericano representa un sentido triunfalista sui generis debido al hecho de que se siente como un triunfo el haber vencido a la idolatría y el haberse extendido con rapidez meteórica la religión entre los indígenas, como se recoge en la arquitectura religiosa coetánea del rococó europeo de Méjico, Quito, Perú y las ciudades más grandes de Brasil, mientras que, a la vez, se tiene la sensación de la existencia de una crisis de los valores válidos hasta ese momento, que parece provenir de la sensibilidad atormentada del ánimo indígena de las culturas azteca, maya, quechua, aimará y tupiguaraní.

Del triunfalismo en piedra el padre Batllori pasa a hablarnos de un misionero triunfador como fue el mallorquín fray Juníper Serra, franciscano, de quien explica su vida, las fundaciones de ciudades como San Francisco y Monterrey y su labor misionera, que le permitió suplir la ausencia de los jesuitas expulsados del territorio.

La tercera parte, *Independència*, está dedicada al proceso de independización de las colonias hispanoamericanas, a la consideración del fracaso de la misión de Monseñor Muzi y a las dos personas que intentaron regularizar la cuestión religiosa en las nuevas repúblicas con la Santa Sede: Bolívar y San Martín.

El padre Batllori dedica el primer estudio de esta parte a demostrar que es una leyenda la idea de que los ex jesuitas tuvieron un gran papel en la independencia de Hispanoamérica ya que ninguno colaboró con el marqués de Aubarède, el militar al servicio de Inglaterra, ni nunca fue jesuita Francisco José Marcano y Arismendi, que participó en el proyecto británico de atacar Montevideo y Buenos Aires.

Juan José Godoy (en este volumen de la *Obra Completa*) y Juan Pablo Viscardo (en el volumen XV) son dos muestras de lo que afirma:

Para el padre Batllori, Juan José Godoy fue un independentista precoz y malogrado, que de profesor en Mendoza, exiliado en Imola con el resto de jesuitas chilenos expulsados, viajero por la Península Italiana tras la disolución de la Compañía siempre añorando «su América», pasó a residir en Londres socorriendo espiritualmente a los católicos, y vigilado por la embajada española como independentista tras una delación, emigró a Charleston de la que salió engañado por enviados del gobierno español que lo condujeron a Cartagena de Indias y de allí a Cádiz en donde murió preso.

Miranda y las constituciones para Hispanoamérica son el paso previo a la reflexión sobre el desafortunado resultado político del viaje de monseñor Muzi, acompañado del canónigo Mastai, futuro papa, y de su desencuentro ideológico con los independentistas:

La hipótesis de trabajo que se plantea el padre Batllori es la de si la forma de gobierno que Miranda proponía de un gobierno presidido por un Inca se la habían inspirado los papeles de Juan Pablo Viscardo² que le habían sido encomendados a su muerte por el ministro americano en Inglaterra, Rufus King, y llega a la conclusión de que Miranda entró en contacto con la documentación viscardiana después de que él ya hubiera formulado y enviado al primer ministro británico William Pitt el proyecto de gobierno para Hispanoamérica presidido por una dinastía incaica.

La documentación de Miranda que obra en los archivos británicos es sólo una parte de todo lo que se guarda en ellos procedente de los independentistas en los momentos en que deseaban el apoyo del gobierno británico para sus proyectos de emancipación de España: Una gran parte de este fondo documental está formado por los proyectos relacionados con la estructura constitucional que proponían para el gobierno de Hispanoamérica y es tarea a emprender la datación de los mismos como había comenzado a llevar a cabo el padre Leturia con el *Projet de Constitution pour les colonies hispanoaméricaines* de Miranda, aunque el padre Batllori pone el acento en rectificar la fecha dada por Leturia y en insistir en el dato como forma de ayudar a la perfecta verificación del proceso de evolución del pensamiento constitucional en Iberoamérica.

Dadas las circunstancias de vida de los exiliados en Inglaterra, una revista, *The Edinburgh Review*, tuvo un papel importante en la difusión de las ideas independentistas. El tono de los artículos permite ver un proceso gradual que se inició con la reseña por John Allen de una publicación de 1806 sobre los defectos del gobierno español respecto a América. Concluye Allen opinando que la región vería un progreso mayor si consiguiera independizarse de España porque permitiría abrir unos mercados de más de dieciséis millones de posibles clientes. En confrontación con Miranda que soñaba un solo estado para toda Hispanoamérica, Allen se decanta por la creación de dos grandes imperios basados uno, en el virreinato de Méjico y otro, en el virreinato del Perú.

² Autor de una *Lettre aux espagnols américains* en la que parece que su ideal político era una república de la que debían detentar el mando los criollos.

En otros escritos señalaba su ideal incaico y que el epicentro de la insurrección debía situarse en el Perú.

La revista continuó publicando más artículos de Allen sin que éste volviera a mencionar el tema, mientras otros colaboradores veían como quimérica la independencia de la zona del Brasil.

En 1809, Miranda colaboró en *The Edinburgh Review* comentando en unión de James Mill la *Lettre aux espagnols américains* de Viscardo, de la cual ya había hecho una publicación diez años antes cuando había llegado a sus manos.

Miranda, ya sin compañero tutelador, siguió publicando reseñas que le permitieron exponer su decálogo independentista. Fue el momento más pro-independentista de *The Edinburgh Review*, que fue bajando hasta que, con posterioridad al paso de Miranda por la revista, Allen hizo la reseña de la obra de Humboldt sobre Nueva España y acabó afirmando que no veía claro que una independencia no finalizara generando un caos y que se necesitaría una autoridad respetada por todos pero no emanada de entre los independizados.

Por fin llega el momento de monseñor Muzi y su misión en Hispanoamérica: Tras el obligado perfil biográfico del primer vicario apostólico de Hispanoamérica, el padre Batllori avanza que Muzi no supo entender los movimientos de independencia americanos ni la problemática posterior del Risorgimento italiano porque estaba más ligado a la ideología de la Restauración de 1814, porque tenía más mentalidad del setecientos que no del ochocientos, como siempre demostró con su interés por el pasado y por la erudición, y sobre todo en sus *Memorie storique, ecclesiastiche, e civili* de su diócesis.

Su misión fue un fracaso no sólo gracias a su ideología conservadora sino también porque los políticos y buena parte de los eclesiásticos más cultos de Hispanoamérica, influidos por las revoluciones norteamericana y francesa, pensaban que el estado tenía derecho a intervenir en el régimen interno de la Iglesia, hasta el punto de poder dictar leyes anticánónicas, como ocurrió en Chile.

Antes de que la Santa Sede se decidiera a enviar una misión como la que encabezó Muzi, Hispanoamérica vivió momentos de gran convulsión por los levantamientos independentistas que tuvieron el momento clave en 1810. La independencia de los distintos territorios comportó problemas graves a la diplomacia vaticana que se debatía entre el deber diplomático de cuidar exquisitamente su relación con el estado nominal, España, y la atención a los católicos del Nuevo Mundo que vivían en estado de confusión ante unos eclesiásticos que habían pasado a depender del nuevo poder civil de las jóvenes repúblicas; católicos que se preguntaban sobre la validez de los sacramentos que estaban recibiendo o por qué las sedes dejadas vacantes a la muerte de los obispos no se cubrían.

Personas cabales de ambos bandos, Iglesia hispanoamericana y gobernantes, llegaron a la conclusión de que se debían establecer contactos con la Santa Sede para normalizar la situación. El primer paso, tras múltiples vicisitudes, lo dio Chile al decidir enviar a Roma al arcediano Cienfuegos, gobernador eclesiástico de la diócesis, para solicitar, entre otras cosas, un nuncio y unos obispos titulares para las diferentes vacantes. El Vaticano escuchó sus peticiones y en 1823 nombró a Muzi vicario apostólico en Chile, Buenos Aires y en las Provincias Unidas del Plata. Muzi emprendió el viaje acompañado de un joven canónigo, Giovanni Mastai, que más tarde fue Pio IX, y de un secretario.

Una vez en Chile, fueron el centro de la polémica entre los clericales que defendían su presencia y los anticlericales contrarios a ella.

El padre Batllori nos aclara que sabemos de estos hechos y de la causa del fracaso de Muzi por el padre Leturia quien después de llevar una cuidadosa investigación publicó todos los documentos que pudo encontrar en diversos archivos sobre esta misión —en especial los referentes a los comunicados que Muzi envió a la Santa Sede—.

La problemática vivida por Muzi y el gobierno chileno era muy complicada y difícil de resolver ya que el legítimo obispo había sido alejado de la sede por el gobierno que intervenía en los asuntos eclesiásticos y había nombrado obispo al canónigo Cienfuegos. Muzi no aceptó ninguna de las irregularidades y volvió a Roma sin haber conseguido que los gobiernos hispanoamericanos rebajasen sus pretensiones de control sobre la Iglesia y las órdenes religiosas.

¿Qué opinión le merecía a Muzi la obra colonizadora y el sistema de evangelización llevados a cabo por los españoles?

Según el padre Batllori, en aquellos momentos imperaban dos ópticas: la crítica de los independentistas y la del distanciamiento o indiferencia ante los errores cometidos, a la que se adscribiría Muzi por su mentalidad típica del siglo anterior, reforzada por su estancia en la Austria de la Santa Alianza. El vicario apostólico veía la independencia como una revolución ante los dos poderes establecidos de Estado e Iglesia porque no estaba preparado para ver y comprender los nuevos valores que estaban adquiriendo los hombres de aquellas tierras.

El padre Batllori es muy duro con la diplomacia vaticana de aquel tiempo al afirmar que el delegar en un personaje tal solamente se explica por la tradición de enviar mediocres a los puntos más calientes políticamente y porque quizás el Secretario de Estado de León XII, cardenal della Somaglia, no habría aprobado la intervención más realista y clarividente de un diplomático de más nivel.

La persona de Mastai Ferretti recibe un trato más benévolo reconociendo que se trataba de una buena persona, pero joven e ingenua, hasta el punto de creer que el nombre de «misión» que la Santa Sede empleó para evitar por razones políticas el más comprometido de «nunciatura», reflejaba la realidad de lo que él y Muzi habían de llevar a cabo en Hispanoamérica. Inmerso en esta idea, no vio que era un paso en falso volver a Roma en el momento en que se ponían las bases sobre aquello que serían las nuevas repúblicas gracias al esfuerzo de Bolívar.

De Sallusti, el secretario de la misión, tiene una opinión absolutamente negativa pues lo tilda de envidioso, superficial, vanidoso y más intransigente e integrista que Muzi.

El historiador minucioso y el pensador de inteligencia preclara que es el padre Batllori hace que sea muy crítico con Muzi por haber sido incapaz de comprender a cuánto hubieron de renunciar los habitantes de Hispanoamérica desde el momento que decidieron luchar por la independencia. También lo critica por haberse servido de fuentes indirectas o poco informadas o partidistas.

Como Muzi tenía orden de la Santa Sede de informar del estado de las misiones y de fomentarlas y reorganizarlas si fuera posible, valoró como posi-

va la tarea evangelizadora llevada a término por los españoles y respecto al privilegio de patronato que diversos papas habían otorgado a los reyes de España y que era entendido como un derecho inherente a la soberanía nada pudo hacer, salvo denunciar los desafueros a la Santa Sede, para evitar que las nuevas repúblicas interviniesen en los asuntos eclesiásticos hasta el punto de que en Buenos Aires el gobierno de Rivadavia se permitió llevar a cabo una reforma eclesiástica.

El padre Batllori destaca un aspecto positivo de la misión de monseñor Muzi como fue la de que por su mediación por fin tuvo la Santa Sede un informe veraz del estado de los problemas originados por el fin de la dominación española sobre Hispanoamérica.

También pone de relieve que, como en los primeros años de la independencia los fieles hispanoamericanos deseaban seguir recibiendo los sacramentos, Muzi se movió en este campo con celeridad, concediendo oratorios a seglares, en especial a los que residían en estancias para que dueños y aparceros viesen atendidas sus necesidades espirituales; concediendo indulgencias y facultades especiales a sacerdotes, cofradías e instituciones caritativas o educadoras; regularizando la situación de frailes y sacerdotes secularizando a aquellos que lo solicitaban o concediéndoles dispensas y condonaciones varias.

El error más grande de Muzi, según el padre Batllori, fue el de no acudir a la llamada que indirectamente le hizo Bolívar para que pasase al Perú en donde estaban librándose los últimos combates por su independencia.

Muzi ya había tenido referencias del estado de cosas en Perú antes de salir de Italia: supo que era Chile quien financiaba el alzamiento de Perú contra la metrópoli y ya en territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata, fue informando a la Santa Sede sobre los movimientos de liberación y de independencia que se iban sucediendo.

En julio de 1824, Bolívar intentó contactar con Muzi mediante una misiva de Cienfuegos³, expresando la intención de iniciar una relación diplomática con Roma a fin de conseguir un concordato ya que pretendía resolver de forma pacífica el conflicto Estado-Iglesia provocado por la Revolución. Pero Muzi decidió no ir al Perú por una serie concatenada de razones que lo desaconsejaban: la principal, la guerra entre peruanos y españoles, que presentaba resultado incierto; las secundarias, el problema del jurisdiccionalismo y la poca estabilidad política de los países independizados, que impedían llegar a acuerdos firmes respecto a la Iglesia; la presencia de navíos españoles en las costas que debería recorrer y la falta de instrucciones de la Santa Sede que desde hacía un año no respondía a sus informes, quizás porque ésta no quería reconocer a los nuevos estados hasta que España no lo hubiera hecho.

Muzi pensaba que si bien no se podía llegar a un concordato total, sí que se podían firmar acuerdos parciales a fin de restablecer la jurisdicción eclesiástica en aquellos territorios donde no hubiera sospecha de connivencia con los rebel-

³ No está claro si Cienfuegos la escribió al dictado del Libertador o lo hizo por iniciativa propia.

des y por ello cuando los territorios de la Gran Colombia quisieron enviar un negociador a Roma para solventar un problema idéntico al que tenía el Perú, no se opuso a que fuera.

Al regreso a Italia, tras rendir cuentas en el Vaticano, acabó alejado de los asuntos hispanoamericanos en la sede de su obispado en Città di Castello hasta el punto de que fue Mastai quien asistió a la consagración de Cienfuegos como obispo de Concepción, una vez se retractó de su actuación contra los derechos de la Santa Sede.

Y cuando parecía que estaba todo dicho sobre este asunto se descubrieron en los archivos vaticanos una serie de cartas de Muzi que permiten delimitar mejor la actuación de Mastai en la misión y la importancia que tuvo el conocimiento directo sobre los problemas de Hispanoamérica cuando fue elevado al papado y debió enfrentarse a las cuestiones religiosas y eclesiásticas españolas del reinado de Isabel II y del sexenio revolucionario de 1868.

Tras el exhaustivo estudio sobre la misión Muzi⁴, el padre Batllori retoma el hilo investigador e intenta mostrar la relación que las tierras catalanas y sus habitantes tuvieron con Hispanoamérica centrándose en dos hechos: la poco satisfactoria escala en Mallorca de la misión Muzi y los primeros ecos que despertó la obra de Bolívar en Cataluña.

De la escala en Mallorca que duró una semana no pudieron llevarse buen recuerdo puesto que los componentes de la Misión fueron obligados por las autoridades a desembarcar y los hicieron prisioneros, aunque finalmente los liberaron por intervención directa del obispo.

De los primeros ecos de las hazañas de Bolívar en Cataluña nada más se han detectado dos grupos que pertenecen a épocas y a mentalidades diferentes.

El primer documento es un comunicado desde Puerto Rico en 1814 y publicado en el *Diario de Barcelona* bajo la óptica de un fervor pro-realista. Sigue la misma tónica en fechas posteriores y por ello el padre Batllori apunta que debía ser la tónica general de los corresponsales de allí y que quizás reflejen el pensamiento de los residentes catalanes. Pero en Cataluña también existían mentalidades liberales y se entendía que surgirían unas nuevas repúblicas a imitación de los primeros estados de los EEUU y de la ideología procedente de la Revolución Francesa.

Y en este paseo por las vicisitudes del Nuevo Mundo no podían faltar Simón Bolívar y San Martín:

Con la independencia se produjo el ya mencionado problema con la Santa Sede cuando las jóvenes naciones se sintieron herederas de los privilegios del

⁴ El cap.VI, *El Arpa y la Sombra* de una tesis doctoral de Porrata, Francisco Eduardo (2002): *Relectura del discurso novomundista de Alejo Carpentier y Abel Posse en el contexto de la nueva novela histórica*. Miami, Florida, Florida International University, p.163-210 demuestra que unos determinados pasajes de *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier fueron inspirados por este estudio del padre Batllori.

patronato sobre la Iglesia de Indias otorgados en el siglo XV a los reyes de Castilla y ejercidos más tarde por España como potencia colonizadora.

Bolívar, y otros, como ya se ha apuntado al hablar de Muzi, intentó regularizar las relaciones con la Santa Sede consciente de que la aceptación de su iglesia implicaría el reconocimiento implícito de la independencia, si bien, como apunta el padre Batllori no hay motivos para pensar que éste fuera el motor principal del deseado encuentro.

Bolívar era una persona de fuerte cultura clásica que le enseñó las bases democráticas de Grecia y Roma que dieron origen a su visión personal de la importancia de ser independiente y la sensación de vivir en un mundo con un imperio en declive —España y sus colonias—, similar al del Imperio Romano.

Igualmente compartía el sentimiento de aquellos que, criollos como él, no eran ni indios ni españoles ni se sentían tales. Por ello, para Bolívar la patria no era sólo un pedazo de América sino toda Hispanoamérica, idea que era minada por la fuerza disgregadora de los municipios, el único elemento democrático sobreviviente del mundo medieval y que los españoles habían trasladado al Nuevo Mundo. Lo que queda claro es que necesitaba el reconocimiento de la Santa Sede para garantizar la adhesión de las masas americanas a su política.

San Martín, por su parte, fue mucho más diplomático y se caracterizó por respetar las cuestiones relacionadas con la Iglesia hasta el punto de que cuando Muzi llegó a Buenos Aires, fue a hacerle una visita de cortesía. Con él acaba el tema Muzi para el padre Batllori.

Finaliza este volumen con 46 notas críticas sobre obras y artículos relacionados con la historia, la literatura, la filosofía, el arte, la archivística y la bibliografía que son una muestra mínima de la erudición de este inteligentísimo historiador.